



REVISTA POLÍTICA LATINOAMERICANA

Publicación digital semestral

Director: Mario Toer

politicalatinoamericana.org/revista

HENRIQUE CAPRILES Y SEBASTIÁN PIÑERA: EXPONENTES DE UNA NUEVA OPOSICIÓN. Análisis de las candidaturas de Henrique Capriles (2012, 2013) y Sebastián Piñera (2010) en el marco de una remodelación de las derechas latinoamericanas.

Henrique Capriles and Sebastián Piñera: Archetypes of a New Opposition.

An Analysis of Henrique Capriles (2012/2013) and Sebastián Piñera's (2010) candidatures in the context of a reorganisation of Latin-American right-wing parties

Florencia Bianca Messore

Estudiante de la Licenciatura en Ciencia Política (UBA).

Casilla de correo: florenciamessore@hotmail.com

RESUMEN

El objetivo de este trabajo es analizar de qué manera se inscriben las candidaturas de Henrique Capriles en Venezuela (2012/2013) y Sebastián Piñera en Chile (2010) en un contexto de remodelación de la oposición a nivel regional y el surgimiento de una Nueva Derecha.

El trabajo contará de una descripción general del recorrido de la oposición en ambos países, marcando los puntos de quiebre de las mismas y haciendo énfasis en los elementos simbólicos de las campañas políticas de los candidatos previamente mencionados.

Palabras clave: Oposiciones Políticas, Nueva Derecha, Latinoamérica

ABSTRACT

This research aims to analyse the candidatures of Henrique Capriles in Venezuela (2012/2013) and Sebastian Piñera in Chile (2010) and how they emerge in relation to a restructuring of opposition movements and the development of a New Right in both their individual cases and on a regional level. This article will describe generally the changes in both oppositions, focusing on major developments as well as stressing the symbolic aspects of each candidate's political campaign.

Key Words: Political Opposition, New Right, Latin-America

Introducción

El resultado de la segunda vuelta de la elección presidencial del período 2010-2014 en Chile, posicionó al candidato Sebastián Piñera como el primer presidente electo de centro-derecha desde 1958, después de una sucesión de 20 años de gobierno de la Concertación (1990-2010). Por otro lado la victoria acotada del presidente Hugo Chávez en las elecciones del 2012, posicionó al líder de la oposición Henrique Capriles con un 44,31% de los votos; y después de la muerte del presidente, su sucesor Nicolás Maduro, ganó los comicios el año siguiente, por solo el 50,61%.

La Concertación de partidos por la democracia por el No, conocida posteriormente como La Concertación se formó en 1988, aglutinando a los sectores de la oposición al régimen militar de Augusto Pinochet, e ingresando formalmente al gobierno en 1989. Estaba integrada por los partidos Demócrata Cristiano (DC), Por la Democracia (PPD), Radical Socialdemócrata (PRSD) y Socialista (PS). A estos, se sumaban originalmente el MAPU Obrero Campesino, el Partido Liberal y otros movimientos civiles de los años 1980, hoy todos desaparecidos o fusionados en otros partidos. La clasificación de La Concertación chilena dentro de las izquierdas, ha sido, históricamente, un tema controvertido. Rotulada por críticos como “izquierda neoliberal”, La Concertación mantuvo la continuidad en ciertas medidas económicas iniciadas con la dictadura de Pinochet.

“En Chile, explicaba en octubre de 2008, el libre cambio –impuesto por economistas formados en Estados Unidos e inspirados en Milton Friedman (los “Chicago boys”)– a partir del golpe de Estado de 1973 se mostró tan “eficaz” que, “desde Pinochet, jefe de Estado de 1973 a 1990, hasta Michelle Bachelet inclusive, Presidenta socialista desde 2005, Chile no modificó sus normas económicas” (Gaudichaud, 2011)

La oposición de derecha chilena, afín a la desregulación del mercado, la gestión empresarial y la privatización mantuvo durante las dos décadas una posición importante dentro de los aparatos institucionales, que le permitió evitar ciertas reformas y condicionar el juego político (Avendaño, 2011). Aún así, el estilo confrontacional de los primeros años y su asociación con el pinochetismo no le permitió asumir a la presidencia del país.

En Venezuela, la victoria de Hugo Chávez en 1998, se produjo en un marco institucional completamente diferente al chileno. Enmarcado en una crisis económica relacionada con la imposibilidad de salir del modelo rentista dependiente y una crisis institucional vinculada a la inacción del gobierno de Caldera respecto de la promesa de remodelación de las instituciones políticas (Lander y López Maya, 1999), la candidatura de Chávez y las fuerzas que se aglutinaron a su alrededor, introdujeron en la contienda la esperanza de un cambio profundo, tanto de la clase política como de las propuestas de país hasta entonces presentadas. El discurso chavista, cargado de símbolos patrios y exaltación al nacionalismo, fue el único que le dio preeminencia a los sectores empobrecidos y excluidos, y los valoró como sujetos del sistema político democrático (Lander y López Maya, 1999).

La oposición en Venezuela, cuya principal intención era la expulsión del líder, fue variando en sus modos y estrategias. Desde promover un Golpe Estado, un intento de

revocatoria constitucional, abandonar la oposición política hasta la recuperación simbólica de las medidas chavistas, la oposición venezolana dejó de tener una estrategia “corporativa” para convertirse en una oposición “hegemónica” (Goldstein, 2015). Las oposiciones “corporativas” se caracterizaron por tener un bajo desempeño en términos electorales, junto a la composición de un núcleo identitario confrontativo. Las mismas se oponían a dichos mandatos desde una modalidad “corporativa”, es decir que en su crítica no incluía de forma predominante una disputa por la hegemonía como elemento central, sino buscaba restar legitimidad a dichos procesos, y por lo tanto, se colocaba en una posición de pretendida conciencia “racional” frente a la ciudadanía, y su objetivo principal era la intención de restaurar una institucionalidad “dañada” por los mismos. Dicha posición racionalista se confrontaba con los liderazgos “populistas”, “clientelares” y “demagógicos” (Goldstein, 2015)

En virtud del bajo desempeño electoral y la incapacidad para acceder al poder, las oposiciones, comenzaron a esbozar nuevas estrategias. En este sentido, dejaron de ser oposición radical y adquirieron una visión más pragmática, prometiendo la continuidad de ciertas medidas tomadas durante los gobiernos oficialistas, criticando la polarización social y promoviendo el pluralismo. En este sentido, y al conformarse réplicas de esta estrategia a nivel regional, en Argentina y en Brasil, se configuró en la región una “Nueva derecha”.

Ahora bien, ¿cuál es el alcance de esta “nueva oposición”? ¿Es posible pensar una “Nueva Derecha” a nivel regional que exceda los gobiernos más progresistas de Venezuela y Argentina y coincida en sus características con una derecha como la chilena, institucionalizada y que, en fin, se opone a un gobierno de izquierda más conservadora?

Por esta razón, propongo tomar los liderazgos opositores de derecha de Henrique Capriles en Venezuela y Sebastián Piñera en Chile, identificando los momentos históricos de quiebre de dichas oposiciones en general y haciendo énfasis en las campañas electorales de 2012/2013 y 2010 respectivamente.

Desarrollo

La oposición tecnocrática en Chile y la oposición corporativa en Venezuela

En Chile, la oposición a los gobiernos de la Concertación (1990-2010) estuvo conformada por los partidos de la derecha, Renovación Nacional (RN) y la Unión Demócrata Independiente (UDI), además de otras agrupaciones menores como la Unión de Centro-Centro (UCC) y el Partido del Sur. Asimismo, destacó también la oposición de la llamada “izquierda extraparlamentaria” representada desde el inicio por el Partido Comunista (PC) y el Partido Humanista (PH), que inicialmente había formado parte de la Concertación y participado en esa misma administración. El protagonismo de la izquierda extraparlamentaria se relacionó específicamente con el vínculo que mantuvo con algunas organizaciones sociales, al estar limitada por el sistema binominal para el acceso a cargos en el Congreso Nacional (Avendaño, 2011). En términos de estructuras, la UDI se caracterizó por su cohesión y disciplina interna que facilitaron la estabilidad dentro del partido y asimismo, a mantener la congruencia interna, reflejándose en su desempeño parlamentario como unidad. Por otro lado, la RN, presentó más dificultades para institucionalizar los mecanismos de deliberación y toma

de decisiones. Dicha estructura organizativa, facilitó el caudillismo y los liderazgos personalistas (Avendaño, 2011).

En la segunda mitad de los noventa la UDI comenzó a desplegar un discurso tecnocrático y antipolítico que le permitió tener una amplia acogida en grupos de profesionales, juveniles, medios emergentes y, en ocasiones, que se encontraban bajo la línea de la pobreza (Avendaño, 2011). La RN, por otro lado, se proponía mantener el apoyo que tradicionalmente habían tenido los partidos de derecha en comunas rurales, de sectores medios y medio-alto. En lo que respecta a la capacidad de los partidos para incorporar nuevos contingentes a su militancia, la UDI logró ir más allá de los “límites” de la derecha y de la centro-derecha, incorporando nuevas demandas, despolitizando su discurso y alejándose del pasado autoritario, en particular luego de la detención del general Pinochet en Londres, en 1998 (Avendaño, 2011).

Tomando en cuenta lo que ha sido la experiencia chilena desde la recuperación democrática, la oposición de los partidos de derecha, RN y UDI, comenzó a ser gravitante en la segunda mitad de la década del noventa. Desde ese momento, tales partidos dejaron de lado la función reactiva que asumieron durante los primeros años. La derecha, especialmente por el peso político electoral que tuvo la UDI, logró ser oposición política y social, esto último en términos de inscripción territorial al mismo tiempo que fuerza electoral. No sólo creció electoralmente y aumentó con ello el número de sus parlamentarios sino que, en diversas ocasiones, pudo modificar algunas propuestas de política pública, e incluso, en un sentido inverso, promover nuevos estilos para la gestión estatal y pública. El control de la agenda por parte de la derecha, le permitió poseer relevancia durante toda la gestión de La Concertación.

Los partidos de oposición en Venezuela se agruparon en la Mesa de Unidad Democrática (MUD), que se constituyó como una coalición de partidos que van desde la centro derecha, como el Movimiento Republicano (MR) y el Movimiento de Integridad Nacional Unidad (MIN Unidad), hasta partidos de izquierda y marxistas que no integran el PSUV. Entre el amplio espectro de partidos se incluyen movimientos ambientalistas, socialdemócratas y sindicalistas (Valenzuela, 2014). A diferencia de la experiencia chilena, la oposición en Venezuela no contaba con relevancia o poder de agenda en el marco institucional.

La incapacidad de los partidos de movilizar electores a principio de siglo, fue una característica que se vio intensificada dentro de los partidos de oposición. En este sentido, los niveles de abstención en 1998, rondaban llega a 36,55%. En las elecciones del año 2000, en términos absolutos, el chavismo, si bien logró superar su desempeño anterior, no aumentó tanto su caudal electoral en función de una disminución del caudal opositor, mas este último se diluyó en un aumento de la abstención electoral (Valenzuela, 2014). En consecuencia, y en términos de distribución del poder, la poca incidencia electoral que tuvieron los partidos de oposición resultó ser un obstáculo para el surgimiento de nuevos líderes, por lo que el liderazgo de la oposición, tanto política como social, fue dirigido por un organismo gremial, la Federación de Cámaras y Asociaciones de Comercio y Producción de Venezuela (Fedecámaras) (Valenzuela, 2014). Asimismo, este proceso de fragmentación política, traerá el surgimiento de decenas de movimientos de carácter regional y nacional dificultando aún más, la unidad como oposición.

En este período es importante destacar tres momentos claves en el desarrollo de la estrategia opositora. El primero de ellos, la estrategia “insurreccional”, fue la sucesión de marchas, huelgas y movilizaciones entre fines de 2001 y principios de 2003. Los paros cívicos que se efectuaron en el país, tuvieron un efecto fortalecedor en los grupos políticos opositores que estaban dispersos por los fracasos electorales (López Maya, 2002). Dicho reposicionamiento, liderado por Fedecámaras, llevó a fomentar la polarización política y endurecer las posiciones desde ambas partes (Valenzuela, 2014)

Los partidos políticos de oposición representados en la Asamblea Nacional, si bien estaban presentes en las movilizaciones, jugaron un rol secundario frente a los desempeñados por las organizaciones gremiales y sindicales. En este sentido, la oposición que se movilizó resultó ser más bien social que política (Valenzuela, 2014). La conflictividad social en aumento y la extrema polarización desembocaron en el golpe de Estado del 11 de abril de 2002, que formó un gobierno de facto encabezado por Pedro Carmona, el líder de Fedecámaras. El golpe militar no resultó exitoso y Chávez recuperó el poder 48 horas después. La estrategia insurreccional y de movilización de masas resultó ser un fracaso para la oposición, ya que en ningún momento pudieron ser capaces de representar una idea de paz, frente al pueblo.

La nueva estrategia de la oposición, fue buscar las firmas necesarias para convocar un referéndum revocatorio que se realizaría en 2004. En este contexto si bien existió un importante efecto movilizador dentro de la oposición (Valenzuela, 2014), y después de las movilizaciones y agrupada en la Coordinadora Democrática (CD) no resultó capaz de atraer los apoyos necesarios para generar una oposición suficientemente cohesionada y más importante, no logró generar consistencia entre la oposición social y los apoyos políticos. El resultado del referéndum resultó, por estos motivos, favorable al gobierno. En este sentido, se evidenció una capacidad de movilización estrecha por parte de la oposición.

En 2005, la última estrategia y tercer momento relevante de la oposición, fue retirarse del proceso electoral, alegando falta de garantías necesarias. Si bien la abstención, su objetivo, resultó significativa, la consecuencia fue que la totalidad de las bancas en la Asamblea Nacional fueron ocupadas por el MVR y los partidos afines al gobierno. Así, se logró consolidar la postura hegemónica del oficialismo, que pudo legislar sin discusión con otros sectores políticos. Por otro lado, con esta postura, se renunció a la representación política de una creciente oposición social, y asimismo, se le quitaba gobernabilidad a un posible futuro presidente opositor en 2006, es decir, que si se daba la posibilidad de un nuevo presidente el año entrante, tendría la asamblea en contra. Las elecciones de 2006, mostraron en esta línea, un bajo desempeño.

La oposición venezolana no contaba en este sentido con la capacidad de movilizar electores, y al dejar la asamblea perdió la posibilidad de ser oposición política. En este sentido, la oposición chilena, relacionado con el bipartidismo del sistema político, sí logró mantener relevancia durante toda la candidatura. Sin embargo, la asociación con el pinochetismo y la gestión empresarial, si bien le permitía tener una representación de una parte de la sociedad no le posibilitaba el acceso al control del Estado.

Del “desalojo” al “nuevo trato” en Chile y de la confrontación a “recuperar la bandera tricolor” en Venezuela

De una oposición tecnocrática, que si bien se encontraba creciendo en su caudal electoral se encontraba anclada en su posición, de la derecha chilena en 2006 a una oposición venezolana que había abandonado la posibilidad de serlo en 2005, la situación, para la oposición, se encontraba estancada. En este punto era necesario repensar las estrategias para poder acceder al control del poder.

En primera instancia, tanto la UDI como RN debían solucionar sus diferencias internas y mostrarse como un conjunto capaz de ofrecer una estabilidad al país. El conglomerado comenzó a mostrar una disciplina interna nunca antes vista. Pero no sólo se trataba de mostrar una estabilidad, además debían ser capaces de mostrar ante la opinión pública una imagen de renovación respecto a la herencia de la dictadura, moderando sus posturas, acercándose a posiciones más cercanas a la mayoría de los chilenos y promoviendo nuevos liderazgos.

Durante el transcurso del gobierno de Bachelet (2006-2010) ocurrieron diversos quiebres dentro de la coalición oficialista, hecho que se vio reflejado en las elecciones municipales del 2008 con la participación de ex militantes PPD en ChilePrimero y del PDC en el Partido Regionalista de los Independientes, quienes formaron una lista separada. Posteriormente, tres miembros del Partido Socialista (perteneciente a la Concertación) y sus adherentes decidieron renunciar a éste para lanzar sus candidaturas propias: un movimiento allendista liderado por Jorge Arrate se unió al pacto de izquierda Juntos Podemos Más, el senador Alejandro Navarro formó el Movimiento Amplio Social y Marco Enríquez-Ominami, liderando un grupo independiente. La centroderechista Alianza por Chile, en tanto, se unió junto a ChilePrimero y otros grupos para formar la nueva Coalición por el Cambio que eligió Sebastián Piñera como su candidato

La campaña de Sebastián Piñera se inició de manera no oficial prácticamente una vez finalizada la elección presidencial de 2006. Ésta se puede dividir en dos tramos: en sus comienzos, la campaña siguió una “ideología del desalojo”, propuesta por el senador y presidente de la RN, Andrés Allamand. Dicha modalidad se centraba especialmente en la expulsión de la Concertación, bajo cualquier medio.

La Concertación, en esta propuesta, significaba pobreza, subdesarrollo, ineficiencia, corrupción y por lo tanto, la única solución era la expulsión de la misma. Estas ideas fueron expuestas en un libro publicado por Allamand, y allí se desarrollaban las razones por las cuales el “desalojo” era esencial. Dicho discurso comenzó a apaciguarse en virtud de la popularidad de Bachelet. A partir del 2009, se intenta un cambio en la estrategia de campaña, la estrategia del “Nuevo trato”, apaciguando el discurso confrontativo, e intentando mostrar al candidato “más humano y cercano”.

“La idea de que se podía reemplazar el Gobierno de la Presidenta Bachelet por la vía de, simplemente, desplazarlo, esa idea fracasó profundamente. Hoy día la estrategia con la cual la derecha quiere ganar la campaña presidencial es mimetizándose con Bachelet”, manifestó Camilo Escalona miembro del PS (Diario en Acción, 19/10/2009)

Durante la última campaña presidencial, La Coalición por el Cambio, y en particular Piñera mostraron un programa muy cercano a la Concertación, en especial en lo referente a mantener el sistema de protección social diseñado por Bachelet. Las

distancias entre las dos coaliciones se hicieron casi imperceptibles, o se tornaron más bien tenues. En su crítica a la Concertación, Piñera reafirmó el énfasis en un nuevo estilo de gestión -de carácter técnico o gerencial-, y el cuestionamiento del rol de los partidos (Avendaño, 2011)

Se eliminó la estructura tradicional de las campañas realizadas por la centroderecha chilena: los tradicionales colores blanco, azul y rojo de la bandera nacional fueron reemplazados por tonalidades del arco iris, para “proyectar diversidad y amplitud” (Sanhueza, 2009) y, por otro lado, desideologizar al símbolo tradicional de la Concertación, que se caracterizaba por dichos colores. Asimismo, se incorporó el uso de instrumentos de origen folclórico como el charango y la quena (asociados tradicionalmente con la izquierda) en las propagandas televisivas, mientras que las publicidades y afiches intentaron apelar a la emotividad, evocando al lema *Así queremos Chile*. De esta forma, se intentaba acercar a Piñera al electorado que no simpatizaba tradicionalmente con la derecha pero estaba decepcionado de la Concertación (Sanhueza, 2009). En el balotaje, Piñera intentó convencer a parte del electorado que no había votado en la primera vuelta o que lo había hecho por Enríquez-Ominami con una campaña triunfalista cuyo lema era *Súmate al cambio*. En Venezuela, el ingreso de los estudiantes universitarios a la escena política significó una renovación en términos de ordenamiento y fragmentación. La protesta de los estudiantes pretendía articularse en nombre de toda la ciudadanía, independientemente de su afiliación política, y posicionarse ajena al Golpe de Estado de abril de 2002 y al puntofijismo. Asimismo, su postura frente al sistema político y su definición como oposición leal, logró que permease dentro del debate público el discurso sobre los valores democráticos y la reconciliación nacional, llenando el vacío presencial de la oposición política (García Guadilla y Mallén, 2010).

La caída del desempeño electoral oficialista en las elecciones legislativas de 2010 puede entenderse en primer lugar por el aumento de la participación electoral, que implicó el crecimiento más acelerado de los votos de la oposición en relación al oficialismo. (Valenzuela, 2014) Si bien las elecciones legislativas no suelen tener el mismo desempeño que las elecciones presidenciales, la victoria resultó decisiva en la conformación de una oposición menos fragmentada y por lo tanto, identificable.

En este contexto, se propone la candidatura de Henrique Capriles para las elecciones de 2012. La campaña política de Henrique Capriles se centró en presentar un programa “progresista”, no confrontativo (Goldstein, 2015), una campaña llamando a la conciliación con el eslogan “*Venezuela somos todos*” y exhortando al pueblo venezolano, expresando “*llegó la hora del cambio*”

Asimismo, Capriles hizo uso de la figura histórica de Simón Bolívar, invocando la apelación a la historia venezolana, y deslegitimando el uso que ha dado el chavismo del mismo:

"Delante de nuestro Libertador (Simón Bolívar), del pueblo venezolano, vamos a unir a Venezuela cueste lo que cueste (...) Este no es el proyecto de este servidor, este es el proyecto de los que sueñan con una Venezuela sin violencia y con futuro (...) Solo no puede Capriles, Capriles necesita 28 millones de venezolanos" (El Universal, 10/06/2012)

La propuesta programática de Capriles remitía a hallar el progreso, a solucionar todos los problemas o a construir las obras necesarias sin detallar los procedimientos. Solo

exponía que para finalizar los problemas de Venezuela había que sacar a “los enchufados” del poder y así concluir la corrupción, las deudas, las regalías a otros países o la falta de inversión extranjera para reinvertir los recursos del país y atender las necesidades del pueblo, pero no explicaba cómo. A la vez, rechazaba una supuesta injerencia extranjera en las políticas venezolanas y aseveraba que, de ser Presidente, nunca respondería a otro país, solo al pueblo (Albornoz y Soler Mas, 2015).

Si bien Capriles perdió la elección, el resultado fue favorable en la construcción de un líder opositor que pudiera disputar el poder del oficialismo. En este sentido, después de la muerte de Chávez y en función de la nueva elección en 2013 contra el sucesor chavista Nicolás Maduro, Capriles supo capitalizar su razonable desempeño en las elecciones de octubre, sosteniendo la incorporación en su plataforma de las demandas populares del campo chavista -promesa de continuidad e institucionalización de las Misiones, aumento salarial-, así como denunciado la posible apropiación del candidato oficialista de la muerte del líder (Goldstein, 2015).

En este sentido puede evidenciarse en ambos candidatos el cambio de una posición confrontativa, radicalmente opuesta a los gobiernos oficialistas, a una posición conciliadora. Se demuestra en los dichos de los candidatos, la pérdida de la ideología en función de un discurso antipolítico. Así Capriles enuncia:

“No se trata de capitalismo ni de socialismo, se trata de crear nuestro propio modelo (...) y nosotros tenemos una propuesta que es el progresismo, que no es más que un Estado que genere confianza, que respete las leyes, que trabaje con el sector privado y no lo vea como su enemigo” (Globovisión, 04/10/2014)

Los candidatos son acusados de estar “ideologizados”, de tener discursos “antiguos” que ya no tienen cabida en el mundo actual de la “nueva política”, o bien de promover la innecesaria “confrontación”, “crispación” e “intolerancia”, asociadas al “autoritarismo” y la “violencia”, en lugar de fomentar el “respeto”, el “diálogo”, la “tolerancia”, el “consenso” social y, en algunos casos, la “paz” y “reconciliación” que “todos anhelamos” (Fair, 2012)

El cambio de la confrontación por un discurso que legitima las buenas acciones del oficialismo. En este sentido, Sebastián Piñera dice en su discurso:

“No partimos de cero. La Concertación hizo cosas muy buenas en el pasado. Nosotros siempre las hemos reconocido y apoyado. Pero todos sabemos, en lo más profundo de nuestros corazones, que su tiempo ya pasó” (Archivo Chile, 2009)

De esta manera, se puede apreciar un cambio de la expresión “corporativa” a la lucha por la “hegemonía”. En primer lugar, porque la popularidad de los líderes oficialistas, Bachelet en Chile y Chávez en Venezuela debía dejar de ser legitimada con una oposición radicalizada visiblemente afín a intereses empresariales y extranjeros, y por lo tanto, resultaba necesario el cambio en el discurso y por otro lado en función de poder aspirar a competir en el poder, la apropiación de las políticas sociales de amplia aceptación debían ineludiblemente ser parte de los programas opositores para obtener cierta competencia en la disputa frente a mandatarios a los cuales se intentaba vencer a nivel electoral (Goldstein, 2015).

El cambio de las oposiciones de derecha, bien particulares en cuanto a sus diferentes contextos sociales y económicos presentaron entonces una orientación similar, un giro estratégico que se evidencia en la similitud de sus propuestas y campañas políticas,

una Nueva derecha que se fue gestando en la región y que logró acceder al poder en Chile y convertirse en una alternativa posible en Venezuela.

Reflexiones finales

La derecha, al intentar renovarse, logró encaminar su lucha al comprometerse con los emprendedores, con la clase media, con el mercado y el individuo. La derecha neoliberal se logra imponer culturalmente al producir la idea que el mérito individual, el crecimiento propio es más relevante que el bienestar de las comunidades locales y nacionales, y especialmente, alegando que la lucha por la comunidad es de carácter “clientelista”. Teniendo como aliados a grandes grupos empresariales, compañías mediáticas, el capital internacional, la derecha se instaura como una solución a una grieta conflictiva que ellos mismos generaron, como una supuesta superación de lo “viejo”, que en realidad era la superación al neoliberalismo.

La lucha política, ideológica es descalificada en pos de encontrar un “anti conflicto”, un momento post político, post ideológico, donde cada uno es capaz de emprender libremente. En fin, es la idea de la utopía neoliberal, donde cada uno tiene la libertad de proseguir su propio futuro, pero ahora ha mutado.

El rasgo que define a la Nueva Derecha, no es tanto la idea individualista, sino su carácter democrático y “superador” del neoliberalismo (Barriga y Szulman, 2015). Se presentan como democráticas, ya que se alejan de los gobiernos autoritarios, de las medidas anticonstitucionales, se presentan defendiendo una república perdida en manos de “populistas” y “corruptos” pero que debe hacerse desde parámetros legítimos, validados por la constitución y la democracia. Se presentan, por otro lado, como superadores del neoliberalismo ya que reivindican el Rol del Estado en la economía, el rol de la educación pública y la salud, prometen políticas sociales. Las “nuevas derechas” prometen la continuación de las políticas de inclusión social y fundamentalmente, el rasgo principal es el “consensualismo” (Barriga y Szulman, 2015), es decir, la repetición de la idea de una sociedad sin tensiones, una sociedad que había centrado su discurso con una ruptura con el pasado neoliberal.

Así, con este discurso, la Nueva Derecha llega a las urnas en Chile después de 20 años de gobiernos de izquierda que si bien su progresismo se ha visto cuestionado a luz de ciertas continuidades logró mantener su hegemonía durante dos décadas. La pérdida de poder, la fragmentación de la Concertación, la crisis económica y los conflictos gremiales fueron cuestiones que la derecha chilena supo capitalizar, junto con un interés internacional y empresarial ligado a la llegada de Piñera al poder.

En Venezuela, por otro lado, Capriles ha logrado capitalizar las demandas al gobierno de Chávez en su persona. Después de innumerables intentos estratégicos por parte de la derecha venezolana, golpes de estado, revocatorias, campañas mediáticas, se logró proponer un candidato que pudiera prometer un futuro “nuevo”, un “cambio pero con continuidad”.

¿Cuáles fueron las propuestas de estos candidatos? Cuando se analizan las propuestas y los objetivos, al prometer la continuidad de las políticas sociales, las denuncias de los candidatos se centraron en la corrupción, en el modo de gobernar, en la “situación emocional” de los pueblos. La construcción de estos líderes amigables, tranquilos, desideologizados, a diferencia de estos “otros” candidatos de los oficialismos que, bien

“se quedaban en el pasado” como Bachelet en su crítica al neoliberalismo o bien “buscaban enemigos externos” como Chávez en su denuncia a la intervención norteamericana, resulta en su centro, una experiencia del marketing político, donde los nuevos líderes de derecha critican un modo de hacer política en pos de no discutir propuestas. Así esta modalidad que se presenta como consensualista, como “objetiva” logra ocultar los intereses que realmente, subyacen a las mismas.

Bibliografía

Albornoz, A. R. P., & Mas, Y. S. (2015). Un acercamiento al estudio del discurso político venezolano desde la academia cubana. El caso de la segunda campaña presidencial de Henrique Capriles Radonski. *Razón y palabra*, (90), 58.

Archivo Chile, Web Centro de Estudios. Discurso de Sebastián Piñera 01/09/2009.

Recuperado de:

http://www.archivochile.com/Chile_actual/elecciones_2009/pinera/doc_part/pinerapart0009.pdf

Avendaño, O. (2011). La oposición política en Chile durante el período 1990-2011. Una aproximación conceptual y empírica. *Revista CS*, (8), 147-186.

Barriga, L. Szulman, M. (2015) Nuevas derechas en América Latina, radiografía de una configuración política. Los casos de Argentina, Ecuador y Venezuela. *Ponencia en Jornadas de Sociología UBA Sociales*. Recuperado de:

http://jornadasdesociologia2015.sociales.uba.ar/wp-content/uploads/ponencias/573_205.pdf

“Camilo Escalona asegura que la teoría del desalojo de Andrés Allamand fue derrotada” (19/10/2009). *Diario en acción*. Recuperada de

http://www.diarioenaccion.cl/index.php?option=com_content&view=article&id=369100:camilo-escalona-asegura-que-la-teoria-del-desalojo-de-andres-allamand-fue-derrotada-&catid=129:local&Itemid=509

Capriles: “¿Y quién garantiza la seguridad del pueblo? (04/10/2014). Globovisión.

Recuperado de: <http://globovision.com/capriles-y-quien-garantiza-la-seguridad-del-pueblo/>

Fair, Hernán (2012) "El discurso político de la antipolítica." *Razón y palabra* 80. 47-20.

Fernández Ramil, M. ; Rubilar Lear, F. (2014). Las elecciones presidenciales y parlamentarias Chilenas 2009-2010: entre la sorpresa electoral y los desafíos políticos.

Postdata, Ciudad Autónoma de Buenos Aires, v. 19, n.1. Recuperado de:

<http://www.scielo.org.ar/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S1851-96012014000100001&lng=es&nrm=iso>.

Gaudichaud, F. "Botella nuevas, vino viejo" (2011) , *Le Monde Diplomatique*.

Recuperado de: www.rebellion.org/noticia.php?id=129587

García-Guadilla, M.; Mallén, A. (2010). El movimiento estudiantil venezolano: narrativas, polarización social y públicos antagónicos. Cuadernos del CENDES, vol. 27, núm. 73, , pp. 71-95

Guillermo, M. (2014). La nueva derecha (neo)liberal. *Revista El Quinto Poder*. Recuperado de <http://www.elquintopoder.cl/politica/la-nueva-derecha-neo-liberal/>

Goldstein, A. A. (2013) “¿Qué afinidades político-ideológicas hay entre los principales diarios y partidos de ‘derecha’ en Brasil, Chile y Argentina a inicios del siglo XXI?”, en Bohoslavsky, Ernesto y Echeverría, Olga (comps.) *Las derechas en el Cono sur, siglo XX. Actas del tercer taller de discusión*.

Mis enemigos son los problemas y la Violencia. (10/06/2012). El Universal
Recuperado de: <http://www.eluniversal.com/nacional-y-politica/120610/capriles-mis-enemigos-son-los-problemas-y-la-violencia-imp>

Lander, L. E., & Maya, M. L. (1999). Venezuela. La victoria de Chávez. *Nueva Sociedad*, 160, 4-19.

Sanhueza, A. (2009). Larraín izquierdiza a Piñera. *Revista Qué pasa*. Recuperado de <http://www.quepasa.cl/articulo/politica/2009/09/19-789-9-larrain-izquierdiza-a-pinera.shtml/>

Valenzuela, P. (2012). Caída y resurgimiento: La evolución de la oposición política venezolana durante el gobierno de Hugo Chávez. In: Congreso Latinoamericano de Ciencia Política, VI, Quito, 2012. Asociación Latinoamericana de Ciencia Política (ALACIP), p. 1-27.